

REVISTA ESPIRITISTA, PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.

RESÚMEN.

Sección doctrinal: El Espiritismo en los Estados Unidos.—La vida futura.—Descripción de Júpiter.—Cartas sobre el Espiritismo, pór un cristiano, VI.—*Espirítismo teórico-experimental:* Respuestas de los Espíritus á algunas preguntas sobre las manifestaciones.—Un nuevo descubrimiento fotográfico.—Consideraciones sobre la fotografía espontánea.—*Disertaciones espirítistas:* Comunicación colectiva.—La nueva resurrección.—El espiritismo y algunos filósofos.

SECCION DOCTRINAL.

El Espiritismo en los Estados Unidos.

Las primeras manifestaciones ostensibles del Espiritismo moderno tuvieron lugar en los Estados Unidos de América. Allí, sin embargo, á diferencia de lo que en Europa ha acontecido, el fenómeno no ha determinado, que nosotros sepamos, profundas investigaciones científicas, pues el pueblo de los Estados Unidos, dado en todo mas á la práctica que á la teoría, parece haberse contentado con la obtención de comunicaciones y con aplicar á las diferentes posiciones de la vida, la moral que de aquéllas se desprende. El estudio científico del fenómeno se debe á Europa, y especialmente á Francia.

A pesar de lo que acabamos de decir, la nueva filosofía cuenta numerosos y fervientes adeptos en la América del Norte, de modo que los espiritistas norte-americanos ascienden, segun unos, á cuatro millones, y á diez, segun otros (1). Aun suponiendo que esta última cifra sea exa-

gerada, y así lo creemos nosotros, no puede dudarse de que el pueblo que mejor acogida ha dispensado al Espiritismo, es el de los Estados Unidos. La irrefragable prueba de los números confirma esta aseveración.

Observando, por una parte, este hecho incontestable, y fijándose, por otra, en el carácter esencialmente positivista del americano del Norte; los que no han querido estudiar con la necesaria atención la ciencia espirítista, no saben cómo explicarse esta, que llaman manifiesta contradicción. Nosotros vamos á intentarlo, demostrando que el Espiritismo es la doctrina más en armonía con el génio del pueblo americano, y por lo tanto, la más positiva entre las actualmente conocidas.

¿Cuáles son los caractéres del pueblo norte-americano en materias filosóficas? Oigamos sobre este particular á M. de Tocqueville, á ese admirable y profundo conocedor de la gran República. Tratando del asunto que nos ocupa, dice:

«Como ven—los americanos—que consiguen resolver sin auxilio todas las pequeñas dificultades que les presenta la vida práctica, deducen fácilmente que *todo en el mundo es explicable*, y que nada

(1) *Revue spirite*, enero 1869.

en él está fuera de los límites de la inteligencia.

«Así es que niegan sin reparo lo que no pueden comprender, resultando que tienen poca fe en lo extraordinario, y que sienten una repugnancia casi invenible por lo sobrenatural.

«Como tienen la costumbre de referirse al propio testimonio, gustan de ver claramente el objeto en qué se ocupan. Lo desprenden, pues, tanto como les es posible de su envoltura, alejan cuanto de él los separa y apartan todo lo que a sus miradas lo oculta, con el fin de verlo más cerca y con toda claridad. Esta disposición de espíritu los determina muy pronto a despreciar las formas, que consideran como velos inútiles e incómodos, colocados entre ellos y la verdad.» (1)

Y mas adelante, dice el mismo autor: «La opinión común no sólo es el único guía que queda a la razón individual en los pueblos democráticos, sino que tiene en ellos un poder infinitamente mayor que en ningún otro.» (2)

Resulta, pues, de las textuales citas que acabamos de hacer, que en materia de filosofía, el pueblo de los Estados Unidos en general no acepta ni el misterio, ni la fe ciega, ni lo sobrenatural, y que, preciando en grado sumo la experimentación propia y la razón individual, como fuentes de conocimiento, acata sin embargo, en caso de duda, la comprobación general, la opinión de la mayoría.

Tal vez nos ciegue el amor intenso que profesamos a las creencias espiritistas; pero nos parece indudable que la doctrina filosófica que más responde al cuadro de

carácteres, descrito por M. de Tocqueville, es el Espiritismo científico.

El Espiritismo no acepta ninguna clase de misterios; cuando no puede explicar un hecho ó una ley, confiesa humildemente su ignorancia relativa, sin acudir al gastado recurso de disfrazar su falta de datos con los velos del misterio. Afirma lo que sabe positivamente; discute las hipótesis, y todo lo somete al público examen de los hombres todos. Ama la discusión, en vez de temerla. Los espiritistas, al igual del pueblo americano, creemos que todo en el mundo es explicable, aunque confesamos que no todo está satisfactoria y científicamente explicado en los tiempos que alcanzamos; y creemos asimismo que, dadas las existencias sucesivas, nada de lo del mundo se halla fuera de los límites de la inteligencia. Lo que hoy no comprendemos, lo comprenderemos mañana, cuando, más perfectos moral e intelectualmente en virtud de la ley del progreso continuo, adquiramos mayor plenitud de facultades. No existen misterios, sino ignorancia relativa en los hombres, que irán reduciéndola durante la vida infinita del Espíritu, aunque sin llegar nunca, en concepto nuestro, a la posesión de la verdad absoluta. La teoría de la ciencia indefinidamente progresiva está sentada en el Evangelio: *Nada está encubierto, que no se haya de descubrir; ni oculto que no se haya de saber.* (1)

El Espiritismo combate la fe ciega, y declara que sólo es inquebrantable la fe que, en todas las edades de la humanidad, puede mirar cara a cara a la razón. En consecuencia, no teme a ésta, ni a su producto, la ciencia, sino que, apoyán-

(1) *De la democracia en América*, tom. III, páginas 7 y 8.

(2) *De la democracia en América*, tom. III, páginas 17 y 18.

(1) Mateo, X, 26.

se en la una y en la otra, se consagra experimentalmente á la investigacion de las grandes verdades espirituales. Afirma que la fe no razonada, sobre no ser sólida, origina crasos errores puestos de manifiesto por los progresos científicos, y añade que el mero hecho de prestar crédito incondicional á todo, rechazando la razon y la ciencia, implica un estado de espíritu enfermizo. Y si bien es verdad que los espirituistas no negamos sin reparo lo que no podemos comprender, tambien lo es que creemos un deber de la humanidad el procurar incesantemente darse cuenta de todo lo que le acontece y rodea, estando, por otra parte, dispuesta siempre á aceptar las explicaciones más lógicas, que de los hechos se vayan presentando. En la esfera científica, los espirituistas no debemos prendarnos mas que de una cosa, de la verdad.

Como el pueblo de los Estados Unidos, el Espiritismo rechaza lo sobrenatural, aunque la crítica poco conciencia se empeñe en afirmar lo contrario. Explicando la ciencia espirituista por medio de leyes naturales, bien que desconocidas hasta ahora, muchos hechos que se consideraban miraculosos; limita, en vez de ensanchar, la esfera de lo sobrenatural, de modo que lo que en realidad se dilata es el círculo de los conocimientos positivos. Numerosos fenómenos inexplicados ó supersticiosamente explicados sin el Espiritismo, se explican por éste racional y naturalmente. Si las leyes que revela la nueva ciencia se califican de sobrenaturales, porque derivan de otro principio que del groseramente material, callamos entonces y no discutimos, pues con gentes que niegan la evidencia—y evidencias son el alma y el perispíritu, espiritistamente estudiados—es inútil toda discusion. A tales personas no hay mas que darles el

tiempo por testigo, y con ellas no queda otro recurso que el de esperar á que la muerte, ese gran procedimiento de adquirir la ciencia, las ponga en condiciones de estudiar las verdades del mundo espirituista. A los espirituistas les aconsejamos que mediten las obras de Espiritismo, que practiquen esta ciencia, y llegarán al pleno convencimiento de que la nueva doctrina filosófica limita considerablemente el dominio de lo sobrenatural.

Que el Espiritismo preconiza la experimentacion propia y la aplicacion de la razon individual, como fuentes de conocimiento, ¿quién puede negarlo? ¿Qué es la mediumnidad, sino la experimentacion propia, inmediata y directa del médium? ¿Y qué hace éste, para juzgar las comunicaciones, sino examinarlas á la luz de su propia razon? El Espíritu que se comunica puede decir lo que bien le parezca, pues es libre; pero el médium, que anhele la verdad, está obligado á estudiar lo que se le dice, aplicando el raciocinio y las nociones científicas que posea. Y en caso de duda, en el supuesto de que nuestra razon y nuestros conocimientos no basten á juzgar de la excelencia de las comunicaciones; el Espiritismo nos dice que acudamos á la comprobacion general, á la opinion de la mayoría, ni más ni menos que el pueblo norte-americano en sus investigaciones filosóficas. Véase cómo, sobre el particular, se expresa M. Allan Kardec, el infatigable Apóstol del Espiritismo:

«No cabe duda de que la primera comprobacion es la de la razon, á la cual debe someterse, sin excepcion, todo lo que procede de los Espíritus. Toda teoria que esté en manifiesta contradiccion con el sentido comun, con una lógica rigurosa y con los datos positivos que se posean, debe ser rechazada, por respetable que sea el nombre del que la firma. Pero esta

comprobacion es incompleta en muchos casos por la insuficiencia de los conocimientos de ciertas personas, y por la tendencia de muchos á tomar el juicio propio por árbitro único de la verdad. En caso semejante, ¿qué hacen los hombres que no tienen en sí mismos confianza absoluta? Toman el parecer de la mayoría, y la opinion de ésta es su guía. Así debe hacerse con la enseñanza de los Espíritus, quienes por sí mismos nos ofrecen los medios.» (1)

Véase, pues, como el Espiritismo científico responde admirablemente al génio filosófico del pueblo de la gran República, puesto que, como él, no acepta ni el misterio, ni la fe ciega, ni lo sobrenatural y se atiende á la experimentacion propia y á la razon individual, fuera de los casos dudosos, en los qué echa mano de la comprobacion general, del parecer de la mayoría. Hasta frase hay en M. de Tocqueville, cuando habla del pueblo americano como filósofo, que parece literalmente tomada de las obras espiritistas. «Esta disposicion de espíritu los determina muy pronto—dice M. de Tocqueville—á *despreciar las formas*,» y los Espíritus que hoy se manifiestan, no cesan de repetirnos que prescindamos de la forma de las comunicaciones, fijándonos siempre en el fondo que es lo principal. Los americanos están de lleno en la teoria espiritista, creyendo que las formas son «velos inútiles e incómodos, colocados entre ellos y la verdad.»

Pero hay más aún; los americanos del Norte son esencialmente cristianos. «El cristianismo ha conservado, pues, un gran imperio sobre el espíritu de los americanos y, nótense bien, no reina únicamente

como una filosofia que se adopta despues de examinarla, sino como una religion en la que se crée sin discutirla.» (1)

El Espiritismo, esencialmente cristiano, verdadera y genuina moral del cristianismo, comentario el más lógico de la doctrina del Justo, debe, pues, satisfacer y satisfacer, al pueblo de los Estados Unidos. Como método científico y como precepto moral, nada más conforme al génio de la república americana que la filosofia espiritista. A un pueblo positivista, una doctrina esencialmente positiva; á un pueblo radicalmente cristiano, una creencia verdadero comentario del cristianismo. Hé aquí la explicacion de la que se llama contradiccion manifiesta, y que es, bien estudiada, una consecuencia lógica del génio nacional.

La vida futura. (2)

(OBRAS PÓSTUMAS.)

La vida futura no es yá un problema; es un hecho adquirido por la razon y la demostracion para la casi unanimidad de los hombres, puesto que los impugnadores se reducen á una infima minoría, á pesar del ruido que se empeñan en meter. No nos propone mos, pues, demostrar su realidad, pues no haríamos mas que repetir lo dicho, sin aumentar en nada la conviccion general. Admitido el principio como premisa, lo que nos proponemos es examinar su influencia en el orden social y en la moralizacion, segun el modo como se le considera.

Las consecuencias del principio contrario, es decir, del nihilismo, son igualmente harto conocidas y bien comprendidas para que sea

(1) *Evangelio segun el Espiritismo*, introduc., pág. X.

(1) *De la democracia en América*, tomo III, página 11.

(2) *Revue Spirite*.

preciso desenvolverlas de nuevo. Diremos únicamente que, si estuviese demostrado que no existe vida futura, la vida presente no tendría otro objeto que la conservación de un cuerpo que mañana, dentro de una hora, podría dejar de existir, en cuyo caso, todo acabaría para siempre. La consecuencia lógica de semejante condición de la humedad, sería la concentración de todos los pensamientos en el acrecentamiento de los gores materiales, sin tener en cuenta el perjuicio ageno; ¡y qué privarse é imponerse sacrificios? ¡Qué necesidad habría de violentarse para perfeccionarse y corregir defectos? El remordimiento y el arrepentimiento serían también completamente inútiles, puesto que nada se esperaría y quedarian, en fin, consagrados el egoísmo y la máxima: *El mundo pertenece á los más fuertes y astutos.* Sin la vida futura, la moral no pasa de ser una violencia, un código convencional impuesto arbitrariamente, que ninguna raíz tiene en el corazón. Una sociedad fundada en tal creencia, no tendría más lazo que la fuerza, y muy pronto entraría en disolución.

Y no se objete que, entre los impugnadores de la vida futura, hay personas honradas, incapaces de hacer conscientemente daño á otro y susceptibles de la mayor abnegación. Digamos, ante todo, que en muchos incrédulos la negación de la vida futura es más bien una fanfarronada, una jactancia, un deseo de sentar plaza de *espiritus fuertes*, que resultado de una convicción absoluta. En el foro íntimo de su conciencia, se agita una duda que les importuna, y de aquí que procuren aturdirse; pero no sin una secreta preventión pronuncian el terrible *nada* que les priva del fruto de todos los trabajos intelectuales, y rompe para siempre los más caros afectos. Más de uno de esos que vociferan, son los primeros en temblar á la idea de lo desconocido; y así es que, cuando se aproxima el momento fatal de entrar en ese desconocido, pocos son los que se entregan al último sueño con la firme persuasión de que no despertarán en ninguna otra parte, pues nunca abdica la naturaleza de sus derechos.

Digamos, por lo tanto, que la incredulidad del mayor número no es más que relativa, es decir, que no estando satisfecha su razón ni de los dogmas, ni de las creencias religiosas, y no habiendo encontrado en parte alguna con qué llenar el vacío que en ellos han hecho; han deducido que nada existe más allá y han levantado sistemas para justificar la negación. Son, pues, incrédulos á falta de algo mejor. Los incrédulos absolutos, si es que los hay, son muy raros.

Una intuición latente é inconsciente de lo futuro puede, por lo tanto, contener á un cierto número en la pendiente del mal, y pudiera citarse una multitud de hechos, aun en los más endurecidos, que atestiguan ese sentimiento secreto que, mal grado suyo, los domina.

Debe decirse también que, cualquiera que sea el grado de la incredulidad, las gentes de cierta condición social son contenidas por el respeto humano; su posición les obliga á mantenerse en una línea de conducta muy reservada. Lo que más temen es la censura y el desprecio que, haciéndoles perder, á consecuencia del decaimiento en el rango que ocupan, la consideración del mundo, les privaría de los gores de que en él disfrutan; así es que, si no siempre son virtuosos en el fondo, tienen por lo menos las apariencias de la virtud. Pero en los que no teniendo razón alguna para respetar la opinión, se burlan del que dirán, y no se negará que no sean éstos la mayoría, ¡qué freno puede imponerse al desbordamiento de las pasiones brutales y de los apetitos groseros? ¡En qué base puede apoyarse la teoría del bien y del mal, la necesidad de que reformen sus malas inclinaciones, el deber de que respeten lo que poseen los otros, siendo así que ellos nada poseen? ¡Cuál puede ser el estimulante del honor en gentes á quienes se persuade que no son más que los animales? Ahí está la ley para contenerlos, se dirá; pero la ley no es un código de moral que llegue al corazón, es una fuerza que esos tales soportan y eluden, si les es posible. En caso de que caigan á sus golpes, lo atribuyen á desgracia ó á torpeza

que procuran remediar á la primera ocasion. Los que pretenden que es más meritorio para los incrédulos el hacer el bien sin la esperanza de una remuneracion en la vida futura, en la que no creen, se apoyan en un sofisma de los más infundados. Los creyentes dicen tambien que el bien realizado con la mira de las ventajas que reporta, es menos meritorio, y van más lejos aún; porque están persuadidos de que, segun el móvil que los hace obrar, el mérito puede ser completamente nulo. La perspectiva de la vida futura no excluye el desinterés en las buenas acciones; porque la dicha de que en ellas se disfruta está ante todo subordinada al grado de adelanto moral, y los orgullosos y ambiciosos están colocados en el número de los menos afortunados. ¿Pero los incrédulos que obran el bien son tan desinteresados como dicen? Si no esperan nada del otro mundo como dicen, ¿nada tampoco esperan de éste? ¿No entra para nada en ellos el amor propio? ¿Son insensibles á los humanos elogios? Esto sería un raro grado de perfeccion, y no creemos que sean muchos los que á él son elevados por el sólo culto de la materia.

Mas seria es la siguiente objencion. Si la creencia en la vida futura es un elemento moralizador, ¿por qué los hombres, á quienes se habla de ella desde que están en la tierra, son generalmente tan malos?

Ante todo, ¿quién puede asegurar que no serian peores sin semejante creencia? Y no se puede dudar de que seria así, si se consideran los resultados inevitables del nihilismo popularizado. ¿No se vé, por el contrario, al observar los diferentes peldaños de la humanidad, desde los pueblos salvajes hasta los civilizados que marchan de frente el progreso intelectual y moral, la morigeracion de las costumbres, y la idea más racional de la vida futura? Pero esta idea, muy imperfecta aún, no ha podido ejercer toda la influencia que necesariamente tendrá á medida que se la comprenda mejor, y que se adquieran nociones más exactas sobre el porvenir que nos espera.

Por firme que sea la creencia en la inmor-

talidad, el hombre suele no ocuparse de su alma mas que desde un punto de vista místico. La vida futura, con muy escasa claridad definida, sólo vagamente le impresiona; no pasa de ser un objeto que se pierde en lontananza, y no un medio, porque la suerte está en ella irrevocablemente fijada, y porque en parte alguna se la ha presentado como progresiva; de donde se concluye que el hombre será en la eternidad lo que es al salir de este mundo. Por otra parte, la pintura que de ella se hace, y las condiciones determinantes de la dicha ó desdicha que en ella se experimenta, están lejos de satisfacer completamente á la razon, sobre todo en un siglo de exámen como el nuestro. Además, no se la relaciona bastante directamente con la vida terrestre; entre ambas no existe solidaridad, sino un abismo, de suerte que el que se ocupa principalmente de la una, pierde de vista casi siempre á la otra.

Bajo el imperio de la fé ciega, esta creencia abstracta bastaba á las aspiraciones de los hombres; entonces se dejaban guiar, hoy, bajo el reinado del libre exámen, quieren conducirse á sí mismos, ver por sus propios ojos y comprender. Esas vagas nociones de la vida futura no están á la altura de las nuevas ideas, y no corresponde yá á las necesidades creadas por el progreso. Con el desarrollo de las ideas, todo debe progresar al rededor del hombre, porque todo se relaciona y es solidario en la naturaleza: ciencias, creencias, cultos, legislacion, medios de accion. El movimiento hacia adelante es irresistible, porque es ley de la existencia de los seres. Cuauquiera que se quede rezagado, bajo el nivel social, es dejado á un lado, como el vestido que nos queda corto, y acaba por ser arrastrado por el oleaje que sube.

Tal ha sucedido con las ideas pueriles de la vida futura con que se contentaban nuestros abuelos, y persistir en imponerlas hoy, equivaldría á fomentar la incredulidad. Para ser aceptada por la opinion y para ejercer su influencia moralizadora, la vida futura debe presentarse bajo el aspecto de una cosa positiva, tangible hasta cierto punto, capaz de

soportar el exámen, que satisfaga á la razon y que nada deje en tinieblas. En el momento en que la insuficiencia de las nociiones sobre lo futuro abria la puerta á la duda y á la incredulidad, nuevos medios de investigacion han sido dados al hombre para que penetre el misterio, y le hagan comprender la vida venidera en su realidad, en su positivismo, en sus relaciones intimas con la corporal.

¿Por qué, siendo sin embargo una cosa actual, ya que cada dia se vé á miles de hombres partir para ese destino desconocido, por qué se ocupa la generalidad tan poco de la vida futura? Como á cada uno de nosotros debe llegarle fatalmente su turno, y como la hora de la partida puede sonar en todo instante, parece natural que pensáramos en lo que ha de suceder despues. ¿Por qué no sucede así? Precisamente por que el destino es desconocido, y por que hasta el presente, no se tenia medio de conocerle. La inexorable ciencia ha venido á desalojar á la vida futura del puesto á que se la habia circunscripto. Está cerca? está lejos? está perdida en lo infinito? Los filósofos de los tiempos pasados nada responden, porque nada saben, sobre el particular, y de aquí que se diga: «Sucederá lo que Dios quiera;» de donde resulta la indiferencia.

Cierto es que se nos dice que en ella seremos felices ó desgraciados, segun que hayamos vivido bien ó mal; pero es tan vago esto! ¿En qué consisten semejante dicha ó desdicha? La pintura que se nos ofrece está tan en desacuerdo con la idea que nos formamos de la justicia de Dios, tan sembrada de contradicciones, inconsecuencias é imposibilidades radicales, que involuntariamente se encuentra uno entregado á la duda, sino á la incredulidad absoluta. Y despues se reflexiona que los que se han equivocado sobre los lugares que se asignan á las moradas futuras, pueden del mismo modo haber sido inducidos en error sobre las condiciones que asignan á la felicidad ó al sufrimiento. Por otra parte, ¿de qué modo viviremos en ese otro mundo? ¿Seremos en él entidades concretas ó abstractas? ¿Tendrémos una forma, una apariencia?

Si nada material tenemos, ¿cómo podremos experimentar sufrimientos materiales? Si nada tienen que hacer los bienaventurados, la ociosidad perpétua, en vez de recompensa, se convierte en suplicio, á menos que se admita el Nirvana del Budhismo, que no es mucho más envidiable.

El hombre no se ocupará de la vida futura, hasta que vea en ella un objeto claro y distintamente definido, una situacion lógica que responda á todas sus aspiraciones, que resuelva todas las dificultades del presente, y en la cual no encuentre nada que no pueda ser admitido por la razon. Si se ocupa del dia de mañana, es porque el mañana se relaciona intimamente con la vida del dia anterior; por que son solidarias estas dos vidas. Sabe el hombre que la posicion de mañana depende de lo que hace hoy, y que la posicion del dia siguiente y así sucesivamente, depende de lo que haga mañana.

Lo mismo debe suceder con la vida futura; cuando deje de estar perdida en las nebulosidades de la abstraccion, y sea una actualidad palpable, complemento necesario de la vida presente, *una de las fases* de la vida general, como los dias son fases de la vida corporal; cuando el hombre vea que el presente reacciona sobre el porvenir por la fuerza de las cosas, y sobre todo, cuando comprenda *la reaccion del porvenir sobre el presente*; cuando, en una palabra, vea el pasado, el presente y el porvenir encadenarse por una inexorable necesidad, como la espera, el dia actual y el subsiguiente en la vida presente, entonces cambiarán radicalmente sus ideas; porque verá en la vida futura no sólo un objeto, si que tambien un medio; no un efecto lejano sino actual, y entonces será tambien cuando esta creencia ejercerá por fuerza y por una consecuencia natural, una accion preponderante sobre el estado social y la moralidad.

Tal es el aspecto bajo el cual nos hace contemplar el Espiritismo la vida futura.

ALLAN KARDEC.

DESCRIPCION DE JÚPITER

POR BERNARDO DE PALISSY.

Paris, 1858.—Médium, M. V. Sardou.

Nota.—Sabíamos por evocaciones anteriores, que Bernardo de Palissy, el célebre alfarero del siglo décimo sexto, habita en el planeta Júpiter. Las siguientes contestaciones confirman de todo punto lo que se nos había dicho sobre ese planeta, en diversas épocas por otros Espíritus y por conducto de diferentes médiums. No dudamos que se leerán con interés, como complemento del cuadro que hemos trazado en el número anterior, página 124. La identidad que presentan con las descripciones anteriores, es un hecho notable que tiene al menos una presunción de exactitud.

Estado físico de Júpiter.

P. ¿Puede compararse la temperatura de Júpiter á la de alguna de las latitudes de nuestro globo?

R. No. La de nuestro planeta es siempre dulce y templada, igual, y vuestro clima varía. Acordao de los Campos Elíseos que se os han descrito.

P. La descripción que los antiguos nos han dado de los Campos Elíseos, ¿puede considerarse como el conocimiento instintivo de un mundo superior, tal como Júpiter, por ejemplo?

R. Del conocimiento positivo: la evocación permaneció siempre en manos de los sacerdotes.

P. ¿Varía la temperatura según las latitudes?

R. No.

P. Segun nuestros cálculos, ¿el sol debe presentarse á los habitantes de Júpiter por un ángulo muy pequeño, y por consiguiente la luz debe ser débil? ¿Puedes decírnos si la intensidad de la luz es igual á la de la tierra, ó si es menos fuerte?

R. Júpiter está rodeado de una luz espiritual en relación con la esencia de sus habitantes. La luz grosera de vuestro globo no se ha hecho para ellos.

P. ¿Hay atmósfera?

R. Sí.

P. ¿Está formada ésta de los mismos elementos que la terrestre?

R. No; siendo distintos los seres, varian todas sus necesidades.

P. ¿Hay agua y mares?

R. Sí.

P. ¿El agua se compone de los mismos elementos?

R. Mas etérea.

P. ¿Hay volcanes?

R. No. Nuestro globo no ha sufrido los cataclismos que el vuestro; la naturaleza no ha padecido esos grandes sacudimientos. Es la mansión de los justos. Apénas domina la materia.

P. Las plantas, ¿tienen analogía con las nuestras?

R. Sí; pero son mucho más hermosas.

Estado físico de sus habitantes.

P. La forma del cuerpo de sus habitantes, ¿tiene alguna analogía con la del nuestro?

R. Sí. Es la misma.

P. ¿Puedes darnos una idea de su estatura, comparada con la de los habitantes de la tierra?

R. Son altos y bien proporcionados. Mas altos que los que ahí reputáis por tales. El cuerpo es apropiado al alma; es bello donde ésta es buena. La envoltura es digna de él, no es una cárcel.

P. ¿Los cuerpos son opacos, diáfanos ó transparentes?

R. Los hay de ambas clases, según su destino.

P. Concebimos que esto sea para los cuerpos inertes; pero nos referimos á los cuerpos humanos.

R. El cuerpo envuelve al alma sin ocultarla; es como el velo con que se cubre á una estatua. En los mundos inferiores la envoltura grosera sirve para ocultar el alma á sus semejantes; pero los buenos no tienen por qué ocultarse; pueden leer en el corazón de los otros. ¡Si ahí sucediera lo mismo!

P. ¿Hay sexos?

R. Sí; los hay en cuantas partes hay materia. Es ley universal.

P. ¿De qué se alimentan los habitantes? ¿Es animal y vegetal la alimentación, como aquí?

R. No; vegetal exclusivamente. El hombre de aquí protege al animal.

P. Nos han dicho que viven alimentándose, aspirando emanaciones; ¿es exacto?

R. Sí.

P. La vida comparada con la nuestra, ¿es más larga ó más corta?

R. ¿Cómo medir el tiempo!

P. Tomando por término de comparación un siglo de los nuestros.

R. Pues yo creo que aquí la vida media es de cinco siglos.

P. El período de la infancia, ¿se desarrolla proporcionalmente con más rapidez que entre nosotros?

R. No. El hombre conserva aquí su superperiodad; ni le molesta la infancia, ni le aniquila la vejez.

P. ¿Están sujetos á enfermedades?

R. De modo alguno.

P. ¿La vida se divide entre velar y dormir?

R. No. Entre trabajar y descansar.

P. ¿Podrías darnos una idea de las ocupaciones de ese mundo?

R. Sería preciso extenderse mucho. La ocupación preferente es alentar á los Espíritus que habitan mundos inferiores para que perseveren en el buen camino. Como entre ellos no tienen penas que cuidar, van á buscar á los que sufren en otros mundos. Ellos son los Espíritus buenos que os aconsejan el bien como único camino de salvación.

P. ¿Se cultivan las artes?

R. Aquí son inútiles. Las artes son para distraer vuestros dolores.

P. La densidad específica del cuerpo humano, ¿le permite trasladarse de un punto á otro sin necesidad de marchar por el suelo?

R. Sí.

P. ¿Se experimentan ahí disgustos de la vida?

R. No. El disgusto de la vida sólo es posible cuando hay desprecio de sí mismo.

P. Si el cuerpo humano en Júpiter es menos denso que el nuestro, ¿de qué materia se forma?

R. Para nosotros es compacta; para vosotros no lo sería.

P. El cuerpo considerado como materia, ¿es impenetrable?

R. Sí.

P. ¿Tienen lenguaje articulado los habitantes de Júpiter.

R. No. Se comunican por medio del pensamiento.

P. ¿Es, como se nos ha asegurado, facultad normal y permanente entre los habitantes de Júpiter el ver el pensamiento de los demás?

R. Sí; aquí no hay trabas para el Espíritu. Nada hay oculto para él.

P. ¿Llegan hasta á ver el porvenir?

R. El conocimiento del porvenir depende de la perfección del Espíritu; para nosotros tiene menos inconvenientes que para vosotros. Es más; nos es necesario conocerlo aunque sólo hasta cierto punto, porque si lo supiéramos sin restricciones, seríamos tanto como Dios.

P. ¿Pueden revelarnos todo lo que saben acerca del porvenir?

R. No: esperad á merecer esta rara recompensa.

P. ¿Tienen más facilidad que nosotros para comunicarse con los Espíritus?

R. Sí, porque no nos separa de ellos la materia.

P. ¿Os causa la muerte el horror que causa en la tierra?

R. ¡Horror! ¡Por qué? El mal no lo hacemos. Sólo el malo ve con espanto la presencia de su juez.

P. ¿Cuál es el destino de los habitantes de Júpiter después de la muerte?

R. Perfeccionarse sin sufrir nuevas pruebas.

P. ¿Hay en Júpiter Espíritus que se sometan á pruebas para llenar una misión?

R. Sí; pero no como prueba. El amor al próximo les lleva á sufrir por éste.

P. ¿Pueden faltar á su mision?

R. No. Porque ya han llegado al grado de perfeccion necesario para no hacer más que el bien.

P. ¿Puedes indicarnos algunos Espíritus que, habiendo habitado en Júpiter, hayan llenado una gran mision en la tierra?

R. Sí. San Luis, rey de Francia.

P. ¿Puedes indicarnos otros?

R. ¡Para qué lo queréis saber! Hay misiones desconocidas que tienen por único objeto la felicidad de un individuo: éstas son á veces las más grandes, porque son las más dolorosas.

De los animales.

P. El cuerpo de los animales, ¿es más material que el de los hombres?

R. Sí; el hombre es el rey, el Dios humano.

P. Entre los animales, ¿los hay carnívoros?

R. No. Viven sometidos al hombre y se aman entre sí.

P. ¿Hay animales que se escapan á la accion del hombre, como los insectos, los peces y los pájaros?

R. No; todos le son útiles.

P. Nos han dicho que los animales sirven al hombre directamente en Júpiter, y construyen las habitaciones. ¿Es cierto?

R. Sí. El hombre aquí no sirve á su semblante.

P. ¿Los animales están adscritos á una familia, ó bien se les cambia?

R. Casi todos están adscritos á una familia; pero tambien se cambian para mejorar.

P. Los animales domésticos, ¿sirven libremente, ó como esclavos; constituyen una propiedad, ó cambian voluntariamente de amo?

R. Están sometidos.

P. Reciben remuneracion por su trabajo?

R. No.

P. ¿Se desarrollan las facultades de los animales por medio de la educacion?

R. Sí; pero la reciben unos de otros.

P. Tienen un lenguaje articulado menos

áspero que el de los de la tierra?

R. Sí, seguramente.

Estado moral de sus habitantes.

P. La poblacion, ¿está reunida en villas y ciudades?

R. Sí: los que se quieren viven en compañía. Sólo las malas pasiones aislan al hombre. Si hasta el más depravado busca á su semejante, que no es para él mas que un instrumento, ¿con cuánta más razon no buscará el hombre puro y virtuoso á su hermano?

P. Los Espíritus que ahí habitan, ¿son iguales ó diferentes?

R. De diferentes clases, pero del mismo orden.

P. ¿A qué orden segun la escala espiritista? (1).

R. Todos buenos y superiores. El bien desciende algunas veces para confundirse con el mal; pero nunca el mal se mezcla con el bien.

P. ¿Forman todos los habitantes del planeta pueblos como en la tierra?

R. Sí; pero unidos entre sí por los lazos del amor.

P. ¿Hay guerras?

R. ¡Qué pregunta! Son aquí inútiles.

P. ¿Llegará dia en que no las haya en la tierra?

R. Sí; cuando el progreso haga desaparecer el egoísmo, demostrando las ventajas de la fraternidad.

P. El Estado, entre vosotros, ¿tiene organización de jefes?

R. Sí.

P. ¿En qué consiste ahí la autoridad de los jefes?

R. En su mayor grado de perfeccion.

P. ¿En qué consiste, pues, la superioridad en Júpiter si todos son ya buenos?

R. En tener más saber y experiencia. El tiempo los purifica y hace progresar.

P. ¿Hay, como en la tierra, unos pueblos mas adelantados que otros?

(1) Véase el LIBRO DE LOS ESPÍRITUS, lib. II, números 100 y siguientes.

R. No; pero en esos mismos pueblos hay diferentes grados.

P. Si el pueblo más adelantado de la tierra se trasportara á Júpiter, ¿qué grado relativo ocuparía en él?

R. El que ocupan los monos en la tierra.

P. ¿Hay leyes para el gobierno de los pueblos?

R. Sí.

P. ¿Hay leyes penales?

R. No hay crímenes que las hagan necesarias.

P. ¿Quién ha hecho las leyes?

R. Dios. Basta la ley natural.

P. ¿Hay pobres y ricos, es decir, hay quien tenga lo que necesite, hasta con abundancia y superfluidad, y quien carezca de lo necesario?

R. No. Aquí todos son hermanos. El que tiene parte con el que no tiene. ¿Cómo, poder gozar de un bien que no pudiese satisfacer otro hermano!

P. Segun eso ¿hay igualdad de fortunas?

R. No he dicho eso; me habeis preguntado si unos tenian hasta lo supérfluo y otros carecian de lo necesario. Pues bien; ni nadie tiene lo supérfluo ni nadie carece de lo necesario; cada cual tiene la fortuna necesaria para su posición. ¿Habeis comprendido?

P. Ahora te comprendemos; pero aún insistiremos acerca de este particular. El que tiene menos ¿no es desgraciado relativamente al que tiene más?

R. No; porque carece de envidia. La envidia es la verdadera miseria.

P. ¿En qué consiste la riqueza en Júpiter?

R. Nada os importa saberlo.

P. ¿Hay desigualdades de posición social?

R. Sí.

P. ¿En qué se fundan?

R. En las leyes sociales. Segun su mayor superioridad, en perfección. Los que son superiores ejercen sobre los demás una autoridad parecida á la que entre vosotros ejercen los padres.

P. ¿Se desarrollan ahí las facultades del hombre por la educación?

R. Sí.

P. Puede un hombre adquirir en la tierra tal grado de perfeccionamiento que pase desde luego á Júpiter despues de su muerte?

R. Sí, porque el hombre en la tierra está sometido á imperfecciones que le son necesarias para vivir en relación con sus semejantes.

P. Cuando un Espíritu que ha habitado la tierra debe encarnar en Júpiter, vive errante algun tiempo hasta encontrar el cuerpo que debe habitar?

R. Está errante algun tiempo, sí; pero es para purificarse de sus imperfecciones terrestres.

P. ¿Hay variedad de religion?

R. No; todos practican el bien y adoran al Dios único.

P. ¿Hay templos? ¿hay culto?

R. Templo, el corazón de cada uno. Culto, la práctica del bien.

CARTAS SOBRE EL ESPIRITISMO,

POR UN CRISTIANO.

VI.

París 23 de julio de 1863.

Querida Clotilde:

El hombre obra y Dios le guía. Por esto voy hoy á hablar á V. de M. de Humboldt, á propósito de la reencarnación y de la preeexistencia, y para ello cedo la palabra á otros mas elocuentes que yo.

«El barón de Humboldt, nació en 1769, en aquel año que vió nacer á Bonaparte, y morir los dos escritores mas eminentes del siglo XVIII, Voltaire y Juan Jacobo Rousseau. Murió á la edad de 90 años. No me es dado seguir á este ilustre patriarca de la ciencia contemporánea, en sus viajes, sus descubrimientos, sus inmensos trabajos, la sola enumeración de las obras que publicó absorvería toda la extensión de esta carta. Quiero limitarme á un papel muy modesto; deposito humildemente una flor sobre esa

tumba reciente, y me inclino ante ese gigante que exploró el mundo en todos conceptos, que contribuyó poderosamente á todos los progresos de la humanidad, y abrió á la ciencia tantos nuevos horizontes. El único consuelo que podemos tener los ignorantes como yo, cuando comprenden su ignorancia, es el de apreciar profundamente la magnitud de esos hombres prodigiosos, cuyo génio atraviesa las tinieblas y dirige la marcha de las sociedades humanas.

«Cada vez que alguno de esos astros luminosos desaparece del horizonte, cuando yo veo un hombre, que mientras vivió ocupó tan extenso sitio, y que tiene que ocupar uno tan grande en la historia, contenido en un sepulcro y ocupando escasamente debajo de tierra el espacio necesario para el mas ínfimo de nosotros, no puedo menos de hacer reflexiones más ó menos temerarias. ¿En dónde está el alma que animó á ese cuerpo? ¿Qué es de aquella individualidad prodigiosa? Y de pregunta en pregunta, llego á suscitar los mas terribles problemas sobre la vida futura y la eternidad.

«¡Concluyó acaso nuestra tarea después de los pocos años trascurridos bien ó mal en este globo ínfimo en qué Dios nos colocó? Por mas que yo me esfuerce no puedo creerlo. El hombre que se apellidó Humboldt, estaba mucho mas adelantado en la vida, cuando nació en 1769, que la mayor parte de sus contemporáneos. Había preparado su inteligencia en que sé yo cuantas existencias anteriores, para la misión que venía entonces á cumplir. Venía á proseguir una obra principiada, una obra que la muerte acaba de interrumpir, pero que él proseguirá con medios á que no alcanza nuestra penetración.

«Si el génio, la gloria, la virtud, el talento, no fuesen la recompensa, y si cabe el producto de los esfuerzos, trabajos, abnegaciones y sacrificios anteriormente ejecutados, ¿cómo podría uno llegar á explicar esos dones excepcionales? No creo en la casualidad, y estoy enteramente convencido de que Dios nada hace sin objeto. Todo existe ó sucede en virtud de una ley, que nos la expli-

quemos ó no, y por mas ardorosos que seamos en defender los derechos de la razón contra los propagadores de supersticiones y morganerías, contra aquellos que trafican con la religión como con un oficio ó mercancía, hay que comprender que nuestra razón está poco adelantada para que podamos explicar todos los fenómenos que se verifican á nuestra vista. Cuanto mas se ensanche el radio de nuestra razón perfeccionada, tanto mayores progresos hará la ciencia, y sabremos descifrar mejor el libro de la naturaleza; hasta entonces, sin embargo, es necesario que la fe admita lo que la ciencia demostrará algún dia. La existencia de Dios, v. g., no está demostrada por A+B, y se encuentran entes que niegan á Dios. A estas negaciones que considero insensatas, solo una cosa diré: mi afirmación, que también puede ser tachada de insensata. Y cuando me piden pruebas de la existencia de Dios, me limito á dirigir mis miradas al cielo, á admirar el orden immutable que preside á las evoluciones de los astros; me limito á examinar la yerbeilla que germina bajo mis plantas y que hace presentir mundos infinitamente pequeños, como la inmensidad de los cielos contiene mundos infinitamente grandes.

«Lo que comprendo perfectamente, es que Dios nos creó libres; nos elevamos ó nos rebajamos según el uso que hacemos de esta libertad, no sólamente en nuestra vida actual, sino en toda la serie de existencias que tenemos que recorrer. La muerte sólo es una etapa; la muerte es el umbral misterioso de la vida. Cuando un hombre como Humboldt ha llenado con obras colosales la carrera que recorrió, preparó á su alma una carrera más brillante todavía, en la que no podemos ya seguirle, lo mismo que tampoco nuestros ojos pueden ver la nave que salió del puerto y desapareció de la línea de nuestro horizonte....»

—Humboldt murió; —porque, en fin, hay que morir! Ah! en esto no cabe duda, y nosotros que nos hallamos ahora en medio de las preocupaciones de la vida, cuidando nuestros intereses, nuestros negocios, hen-

chido el corazón con nuestras afecciones, la atención fija en nuestras ocupaciones, quizás mañana nos alcance el soplo del ángel invisible que impera en nuestro destino. La mejor vida es la que prepara mejor para la muerte. Pero ¿qué es la muerte? ¿Cuántas veces me he hecho á mí mismo esta pregunta tremenda? Y siempre la he considerado como vida. Voy á explicarme: la muerte es á la vez fin y principio. Hemos salido de no sabemos qué profundidad, para aproximarnos progresivamente á Dios, es decir, á la perfección infinita, que nunca alcanzaremos.

«El camino que recorremos se subdivide en una serie innumerable de etapas. El nacimiento y la muerte son los dos términos de cada una de esas etapas misteriosas. Creer que el morir es entrar en la nada, es blasfemar de Dios. Creer que después de algunos instantes transcurridos en este globo podemos aspirar á un premio eterno, ó temer un castigo eterno, es desconocer la justicia de Dios. Me figuro que la muerte es como una amiga austera, quien, en un momento dado, nos coge en sus brazos, nos adormece en su regazo, y reanima nuestras fuerzas con un sueño momentáneo; creo que preparamos en nuestra actual vida, según el buen ó mal uso que hacemos de nuestra libertad, la dicha ó la desgracia de nuestra vida futura. Hé aquí lo que yo creo: pero respeto mucho toda creencia que difiere de la mía. Todos tenemos el derecho de elegir, en el número infinito de hipótesis que rodean al misterio de la muerte; aquellas que nos proporcionan mas consuelo, que nos fortalecen y mejoran mas en las pruebas de la vida...»

«La muerte es un asunto que carece completamente de alegría, pero conviene de vez en cuando discurrir sobre este grande y magnífico problema, aclimatarse, por decirlo así, con esta idea; que la vejez es respeto á nosotros, lo que es el invierno respecto á la primavera que le sigue; es decir, la preparación á un renacimiento. Somos harto propensos á dudar de la bondad infinita de Dios, y es dudar de ella desconsolarnos al aspecto de la muerte.»

Humboldt murió, pero él tornará á vivir para bien de la futura humanidad. Volverá como volverán las grandes almas encargadas de misiones científicas ó morales, filosóficas ó religiosas; volverá niño, puesto que hay que pasar por la infancia para volver á las luchas de este mundo.—Así es que,

«Cuando se trata de niños, nunca sobra prudencia. ¿No es acaso el niño una sonrisa de Dios? ¿Deja de ser el germen de meses venideras, la esperanza del porvenir? Siempre que miro á un niño, siento una emoción indefinible. Me paro, le contemplo con amor y me confundo en mil pensamientos. Este niño, ¿qué llegará á ser? ¿qué ha sido? ¿á dónde va? ¿de dónde viene? convendréis conmigo en que el campo es vasto, y cuanto mas vasto es, tanto mas me deleito internándome en él. Siempre se me ocurre que estoy en presencia del niño que mas adelante se llamará Humboldt, María, Juana de Arco, Homero, Jesús, Cristóbal Colón, Shakespeare, Racine, Pascal, Napoleón, etc., etc., etc.; y se apodera entonces de mí una especie de respeto ante esas facciones frescas que sonrían, y esos ojos rasgados que miran sin fijarse como quién busca.

«Se dijo con mucha razon: *Maxima debetur pueru reverentia*, se debe el mayor respeto á la niñez; pero se quiso decir solamente el respeto que todos debemos á aquellos oídos jóvenes, á esas inteligencias, á esos corazones inmaculados. Es un respeto mas lato el que yo siento; ¿acaso ese grano no llegará á ser espiga, y esa espiga no se transformará en pan alimenticio?

«Dios mío! que reflejo tan encantador de vuestra bondad son las facciones de un niño! De todas vuestras manifestaciones, no hay otra mas simpática y risueña! no la hay mas seductora ni mas suave.

«Queridos pequeños seres! sus ojos limpios, su mirada indecisa todavía, tienen la misteriosa profundidad de lo desconocido; su sonrisa es como el reflejo de las puras alegrías de un mundo mejor.

«De dónde vienen así esas encantadoras criaturas? ¿qué existencias han recorrido ya?

¿qué pruebas habían sufrido ántes que vos, oh divino Padre! las depositaseis en nuestros brazos? ¿á qué trabajos, á qué placeres, á qué dolores destinais esas rubias cabelleras?

«Si esos niños traen en sí los gérmenes del porvenir, ¿no son acaso tambien la tradicion viva de lo pasado, los apóstoles, los mensajeros, los ejecutores de vuestras futuras voluntades?

«Velad sobre esos niños, oh Padre celestial! rodead las cunas con vuestra divina protección....»

«No ha sucedido alguna vez encontrarlos delante de una iglesia, un carruaje mortuorio, un coche de gala conduciendo una hermosa joven coronada de flores de azahar, acompañada de su esposo y parientes, y al mismo tiempo, una partera teniendo en sus brazos un récien nacido que iba á presentar á la pila bautismal?

«Esa coincidencia se ve á menudo; me ha admirado muchas veces. ¿No son acaso en realidad las tres fases mas solemnes de la vida: el nacimiento, el matrimonio y la muerte? ¿De dónde viene ese recien nacido? ¿De dónde vendrán los que procedan de la union de esa joven pareja? ¿A dónde vá aquel cuyos despojos mortales acompañan tantos parientes y amigos desconsolados?

«Vienen de Dios! vá á Dios! este doble movimiento no se efectúa por casualidad, se verifica por una ley general que rige á la creacion entera, desde el átomo impalpable e imponderable hasta los astros inmensos agrupados por miradas infinitas en el espacio sin límites. Esta ley, es la libertad de obrar bien ó mal que el Eterno criador nos dió; y el ejercicio de esta libertad está ajustado á un principio fundamental que Cristo formuló en estos términos: no hagamos á los demás lo que no quisiéramos que se nos hiciese; hágamosles todo el bien que quisiéramos nos hiciesen.

«Toda la sabiduría, toda la ciencia, toda la filosofía, toda la religion, están en estas pocas palabras.

«Los que llegan á la vida, lo mismo que los que la dejan, vienen ó van á continuar su mision y recoger lo que sembraron....»

«Me pregunto muchas veces, cómo pueden vivir en paz consigo y con los demás, las personas que tienen la fatalidad, la desgracia, de no creer en Dios y en la eternidad de la vida. Me parece que no viviría ni un minuto, si no tuviese esa fe que me sirve de faro, que es mi alegría y mi consuelo. Yo existo, luego Dios existe. Efectivamente, ¿cómo habia yo de existir, cómo mi pensamiento y mi corazon me dirigirian hacia mis semejantes, hacia la creacion entera, hacia el infinito, si Dios no existiese? Por solo el hecho de que yo puedo pronunciar esta palabra sacrosanta: Amo! palabra que es el principio y fin de todas las cosas, por este solo hecho, yo afirmo, reconozco á Dios, porque Dios, es el universal amor, la vida universal. Los libre-pensadores se moñan cuando oyen pronunciar el nombre de Dios, cuando se invoca á Dios, cuando se le ora. Confieso que me alegra humildemente de ser una inteligencia sumisa. Cuando contemplo los esplendores del firmamento, esos astros innumerables que giran en la inmensidad con un orden maravilloso, y cuando reflexiono que esa inmensidad que se desarrolla á mi vista, es sólo un pequeño fragmento de la incomensurable inmensidad; cuando contemplo al insecto que juegetea sobre la yerbecilla, y pienso que dentro de ese insecto apena perceptible á mi vista, se agitan y mueven mundos, y en esos mundos otros mundos que los mas potentes microscópios no pueden descubrir, y siguiendo así hasta lo infinito! infinito arriba, infinito abajo! cuando mi inteligencia se confunde con esa doble contemplacion, no sólo la noción de Dios me es grata, si que tambien necesaria. Siento y comprendo que mi debilidad necesita apoyarse en esa fuerza incommensurable; comprendo que mi amor no puede proceder sino de un centro de amor inmenso y eterno. Si, si para ser despreocupado es menester negar á Dios, preferimos ser espíritus apocados. Humillémonos con respeto, con sumision ante ese Dios, hacia el cual se dirigen todas nuestras aspiraciones, todos nuestros esfuerzos! Amemos á ese Dios que es todo justicia, todo li-

bertad, todo amor, todo vida; amémosle en todo lo que nos rodea; amémosle en el niño, en la mujer y en todos los que padecen!..»

Sin duda alguna, querida prima, el deleitoso escritor de quien he copiado estos fragmentos, en los que está reflejada la mas amena filosofía, está convencido de la preexistencia de las almas y de la reencarnación; se puede asegurar que esos dogmas son para él un culto permanente, porque aprovecha cuantas ocasiones se le presentan de propagarlos y sabe Dios que las ocasiones no le faltan. Es una pluma militante y también muy estimada, así es que, casi siempre, produce incansable y fácilmente para ese gran minotauro, que se llama la *Prensa diaria*. Sus artículos son leídos cada día por mas de cien mil personas, y gustan muchísimo á los partidarios de la inteligencia y del sentimiento.

Es fácil, por consiguiente, deducir de esto que sus opiniones respecto de las altas cuestiones de la doctrina que nos ocupan, están muy próximas á ser admitidas por la generalidad de sus lectores. Estoy convencido, por lo tanto, que no se quejará V. de que haya sustituido á mi habitual prosa, la del noble campeón de las letras que se llama Luis Jourdan.

Soy de V. afectísimo, N. N.

ESPIRITISMO TEÓRICO-EXPERIMENTAL.

RESPUESTAS DE LOS ESPÍRITUS Á ALGUNAS PREGUNTAS SOBRE LAS MANIFESTACIONES.

P. ¿Cómo los Espíritus pueden obrar sobre la materia? Esto nos parece contrario á todas las ideas que nos hacemos de la naturaleza de los Espíritus.

R. Segun vosotros, el Espíritu no es nada lo cual es un error; lo hemos dicho ya, el Espíritu es algo, por esto puede obrar por sí mismo; pero vuestro mundo es demasiado grosero para que pueda hacerlo sin intermediario, es decir, sin el lazo que une el Espíritu á la materia.

Observación.—El lazo que une el Espíritu á la materia siendo el mismo, sino inmaterial, al menos impalpable, esa respuesta no resolvería la cuestión, si nosotros no tuviésemos

el ejemplo de fuerzas igualmente impalpables que obran sobre la materia: así es como el pensamiento es la causa primera de todos los movimientos voluntarios; que la electricidad derriba, levanta y trasporta las masas inertes. Porque no se conozca la causa, fuera ilógico inferir que no existe. El Espíritu puede, pues, tener palancas que desconocemos; la naturaleza nos prueba diariamente que su poder no se limita al alcance de nuestros sentidos. En los fenómenos espiritistas, la causa inmediata es sin disputa un agente físico; pero la causa primera es una inteligencia que obra sobre un agente, como nuestro pensamiento obra sobre nuestros miembros. Cuando queremos golpear, nuestro brazo ejecuta la acción, el pensamiento no golpea, sólo dirige el brazo.

P. Entre los Espíritus que producen efectos materiales, aquellos que se llaman *golpeadores*, forman una categoría especial, ó bien son los mismos que producen los movimientos y ruidos?

R. «Ciertamente que el mismo Espíritu puede producir efectos muy diversos, pero los hay que se ocupan mas particularmente de ciertas cosas, como entre vosotros tenéis forjadores y saltimbanquis.»

P. El Espíritu que obra sobre los cuerpos sólidos, ya para moverlos ó ya para golpearlos, está en la substancia misma de los cuerpos, ó bien fuera de ella?

R. «Lo uno y lo otro; hemos dicho que la materia no es un obstáculo para el Espíritu; lo penetra todo.»

P. Las manifestaciones materiales, tales como ruidos, movimiento de cuerpos, y los demás fenómenos que á veces se complace uno en provocar, son producidos indistintamente por los Espíritus superiores ó por los Espíritus inferiores?

R. «Únicamente los Espíritus inferiores se ocupan de estas cosas. Los Espíritus superiores á veces se sirven de ellos, como vosotros lo haríais de un mozo de cordel á fin de llamar la atención. ¿Creeis acaso, que los Espíritus de un orden superior están á vuestras órdenes para divertiros? Es como si preguntaseis si en la tierra los hombres sábios y formales son los que hacen de juglares y charlatanes.»

Observación.—Los Espíritus que se revelan por efectos materiales son generalmente de un orden inferior. Divierten ó admirán á aquellos para quienes el espectáculo de los ojos tiene mas atractivo que el ejercicio de la

inteligencia; son en cierto modo los titiriteros del mundo espiritista. Algunas veces obran espontáneamente; pero otras lo hacen por orden de los Espíritus superiores.

Si las manifestaciones de los Espíritus superiores ofrecen un interés más serio, las manifestaciones físicas tienen también su utilidad para el observador; pues nos revelan fuerzas desconocidas de la naturaleza, proporcionándonos el medio de estudiar el carácter y, si es lícito expresarse así, las costumbres de todas las clases de la población espiritista.

P. ¿Cómo se prueba que la potencia oculta que obra en las manifestaciones espiritistas está fuera del hombre? ¿No podría suponerse que reside en sí mismo, es decir, que obra bajo el impulso de su propio Espíritu?

R. «Cuando una cosa se hace contra tu voluntad y deseos, ciertamente no eres tú el que la produce; pero a veces sirves de palanca de la que el Espíritu se vale para obrar, ayudándole tu voluntad; puedes ser un instrumento más o menos cómodo para él.»

Observación.—En las comunicaciones inteligentes sobre todo es cuando se hace patente la intervención de una potencia extraña. Cuando estas comunicaciones son espontáneas y fuera de nuestro pensamiento y de nuestra comprobación, cuando responden a preguntas cuya solución es desconocida de los asistentes, es preciso buscar su causa fuera de nosotros. Esto se hace evidente a cualquiera que observe los hechos con atención y perseverancia, pues los matices de detalle se escapan del observador superficial.

P. ¿Tienen igual aptitud todos los Espíritus, para producir manifestaciones inteligentes?

R. «Sí, puesto que todos los Espíritus son inteligencias; pero como los hay de todos los grados, lo mismo que entre vosotros, unos dicen cosas insignificantes o necias, al paso que otros las dicen sensatas.»

P. ¿Son aptos todos los Espíritus para comprender las preguntas que se les dirigen?

R. «No; los Espíritus inferiores son incapaces de comprender ciertas cuestiones, sin que esto les prive de responder bien o mal; sucede lo propio que entre vosotros.»

Observación.—Con esto se vé cuán necesario es ponerse en guardia contra la creencia del saber indefinido de los Espíritus. Sucede con ellos lo que con los hombres, que no basta interrogar al primero que se presenta

para obtener una respuesta sensata; es preciso saber a quien se dirige uno.

El que desea conocer las costumbres de un pueblo debe estudiarlo desde lo mas bajo hasta lo mas encumbrado de la escala social, pues el considerar sólo una clase, le hará formar una idea falsa, si por esta parte quiere juzgar del todo. El pueblo de los Espíritus es como el nuestro; hay de todo, bueno y malo, sublime y trivial, saber e ignorancia. El que no lo ha observado como filósofo y en todos sus grados, no puede lisonjearse de conocerle. Las manifestaciones físicas nos hacen conocer los Espíritus de baja esfera; es la calle y la cabaña. Las comunicaciones instructivas y eruditas nos ponen en relación con los Espíritus elevados; es lo escogido de la sociedad: el palacio y la universidad.

ALLAN KARDEC.

UN NUEVO DESCUBRIMIENTO FOTOGRÁFICO.

Varios periódicos han referido el hecho siguiente:

«M. Badet, que murió el 12 de noviembre último (1857), después de una enfermedad que le tuvo postrado en cama por espacio de tres meses, tenía la costumbre, dice *l'Union Bourguignonne*, de Dijon, cada vez que sus fuerzas se lo permitían, de colocarse en una ventana del primer piso de la casa donde vivía, con la cabeza vuelta siempre del lado de la calle, con el fin de distraerse mirando a los transeúntes. Hace algunos días que Mme. Peltret, cuya habitación está enfrente de la de Mme. viuda de Badet, vió en el vidrio de dicha ventana al mismo M. Badet, con su gorro de algodón, su rostro enflaquecido, etc., en fin, tal como lo había visto durante su enfermedad. Grande fué su admiración, por no decir otra cosa. Llamó enseguida no solo a sus vecinos, cuyo testimonio podía ser sospechoso, sino a hombres formales, que vieron distintamente la imagen de M. Badet en el cristal de la ventana donde acostumbra colocarse. Se enseñó también la imagen a la familia del difunto, haciéndola desaparecer del cristal después de haberse senciorado del hecho.»

«Sin embargo, quedó bien probado que el cristal había tomado la estampa de la figura del enfermo, hallándose como daguerreotipada, fenómeno que se podría explicar si, del todo opuesta á la ventana, hubiese habido otra, por la que hubieran podido llegar los rayos solares á M. Badet; pero no fué así, teniendo el cuarto sólo una ventana. Tal es la pura verdad sobre ese extraño hecho, cuya explicación se debe dejar á los sabios.»

Confesamos que á la lectura de este artículo, nuestro pensamiento fué desde luego aplicarle la calificación vulgar que se acostumbra á las noticias apócrifas, y no le dimos ninguna importancia. Pero pocos días después, nos escribió M. Jobart, de Bruselas, lo que sigue:

«A la lectura del siguiente hecho (el que «acabamos de citar), que ha tenido lugar en «mi país, en uno de mis parientes, me he «encogido de hombros al ver que el periódico «que lo refería remitía su explicación á «los sabios, y que esa buena familia quitaba «el cristal á través del que miraba Badet los «transeúntes. Evocadle para ver lo que piensa sobre el asunto.»

Esta confirmación del hecho por un hombre del carácter de M. Jobart, cuyo mérito y honradez reconoce todo el mundo, y la singular particularidad de que fuera uno de sus parientes el héroe, no podía cabernos duda alguna sobre su veracidad. Por consiguiente, hemos evocado á M. Badet en la sesión de la Sociedad parisina de estudios espiritistas, el martes 15 de Junio de 1858, transcribiendo á continuación sus explicaciones.

1. Ruego á Dios Todopoderoso, permita que el Espíritu de M. Badet, muerto el 11 de noviembre último, en Dijon, se comunique con nosotros.—R. Aquí estoy.

2. Es cierto el hecho que se os atribuye y que acabamos de recordar?—R. Sí, lo es.

3. Podrías darnos su explicación?—R. Es debido á agentes físicos desconocidos hasta hoy, pero cuyo conocimiento se hará usual mas tarde. Es un fenómeno bastante sencillo, y parecido á una fotografía combinada con fuerzas que aún no habeis descubierto.

4. Podrías adelantar el momento de este descubrimiento con vuestras explicaciones?—R. Lo quisiera, pero es obra de otros Espíritus y del trabajo humano.

5. Podrías reproducir otra vez el mismo fenómeno?—R. No soy yo quien lo ha producido, son las condiciones físicas de las que soy independiente.

6. Por cuál voluntad y con qué objeto se ha producido ese hecho?—R. Se produjo cuando vivía y sin mi voluntad; un estado particular de la atmósfera lo ha revelado después.

Habiéndose tratado una discusión entre los asistentes sobre las causas probables de ese fenómeno, y habiéndose emitido varias opiniones sin dirigir pregunta alguna al Espíritu, éste dijo espontáneamente: «Y la electricidad, y la galvanoplástica, que también cobran sobre el perispíritu, no las tomáis en cuenta?»

7. Se nos ha dicho últimamente que los Espíritus no tienen ojos; luego si esa imagen es la reproducción del perispíritu, cómo se han podido reproducir los órganos de la vista?—R. El perispíritu no es el Espíritu; la apariencia, ó perispíritu, tiene ojos, pero no el Espíritu. Os he dicho ya al hablar del perispíritu, que tuvo lugar cuando vivía.

Observación.—Hasta tanto que se verifique este descubrimiento, le daremos provisionalmente el nombre de *fotografía espontánea*. Todo el mundo echará de menos que, por un sentimiento difícil de comprender, se haya destruido el cristal en que estaba reproducida la imagen de M. Badet; un monumento tan curioso, hubiera podido facilitar las investigaciones y las observaciones propias para estudiar la cuestión. Quizás hayan visto en aquella imagen la obra del diablo; en todo caso, si el diablo entra por algo en este asunto, es seguramente en la destrucción del cristal, porque es el enemigo del progreso.

CONSIDERACIONES SOBRE LA FOTOGRAFÍA
ESPONTANEA.

Resulta de las explicaciones anteriores, que el hecho en sí no es ni sobrenatural ni milagroso. Cuántos fenómenos no se encontrarán en igual caso, y que en tiempos de ignorancia debieron conmover las imaginaciones demasiado inclinadas á lo maravilloso! Aquel hecho es, pues, un efecto puramente físico, y que presagia un nuevo paso en la ciencia fotográfica.

El perispíritu, como se sabe, es la envoltura semi-material del Espíritu; no es sólo después de la muerte que el Espíritu está revestido de ella, pues durante la vida está unida al cuerpo: es el lazo entre el cuerpo y el Espíritu. La muerte sólo es la destrucción de la cubierta más grosera; el Espíritu conserva la segunda, que toma la apariencia de la primera, como si hubiera conservado su estampa. El perispíritu en general es invisible, pero en ciertas circunstancias, se condensa y, combinándose con otros fluidos, se hace perceptible á la vista y aún tangible á veces; él es el que se vé en las apariciones.

Cualesquiera que sean la sutilidad e imponerabilidad del perispíritu, no por esto deja de ser una especie de materia, cuyas propiedades físicas nos son todavía desconocidas. Desde el momento que aquel es materia, puede también obrar sobre la materia; haciéndose patente esa acción especialmente en los fenómenos magnéticos, y también sobre los cuerpos inertes como se acaba de revelar por la impresión que la imagen de M. Badet ha dejado en el cristal. Esa impresión se produjo cuando vivía, y se ha conservado después de su muerte; pero era invisible y según parece, ha sido necesario la acción fortuita de un agente desconocido, probablemente atmosférico, para hacerla aparente. Qué hay de extraño en esto? Se sabe como se hacen desaparecer y aparecer á voluntad las imágenes en el daguerreotipo. Solo citamos esto como comparación, sin que pretendamos establecer la similitud de los procedimientos. Luego es probable que el

perispíritu de M. Badet, emanándose del cuerpo de este último, haya ejercido, á la larga y bajo el imperio de ciertas circunstancias desconocidas, una verdadera acción química sobre la sustancia vidriosa, análoga á la de la luz. La luz y la electricidad deben incontestablemente desempeñar un gran papel en este fenómeno. Falta saber cuáles son esos agentes y esas circunstancias, que sin duda se sabrá mas tarde, y entonces no dejará de ser uno de los descubrimientos mas curiosos de los tiempos modernos.

Si es un fenómeno natural, dirán aquellos que todo lo niegan, por qué las imágenes al daguerreotipo sólo se han fijado después de Daguerre, aunque no haya sido éste el que inventó la luz, ni las planchas de cobre, ni la plata ni los cloruros? Desde larga fecha se conocían los efectos de la cámara oscura, y, sin embargo, una circunstancia fortuita nos puso en la vía de la fijación, y después, á fuerza de ingenio, se ha llegado de perfección en perfección, á alcanzar las obras maestras que hoy admiramos. Probablemente sucederá lo mismo con el extraño fenómeno que acaba de revelarse; y quién sabe sino se ha producido ya, y ha pasado desapercibido á falta de un atento observador? La reproducción de una imagen sobre el cristal, es un hecho vulgar, pero la fijación de esa imagen en otras condiciones que las de la fotografía, el estado latente de esa imagen y su reaparición después, hé aquí lo que debe señalar un acontecimiento en los fastos de la ciencia. Si hemos de dar crédito á lo que dicen los Espíritus, debemos esperar otras grandes maravillas, habiéndonos señalado ya algunas de ellas. Honor, pues, á los sabios bastante modestos para no creer que la naturaleza les ha presentado ya la última página de su libro.

Si ese fenómeno se ha producido una vez, puede reproducirse otras muchas. Esto es lo que probablemente sucederá cuando se encuentre la clave. Entre tanto, hé aquí lo que dijo uno de los miembros de la Sociedad en la sesión de que hemos hablado.

«Habita, dice, una casa de Montrouge;

era en verano y el sol flechaba sus rayos por la ventana; había sobre la mesa una garrafa llena de agua, y debajo una esterita de paja; de repente se encendió la esterita. Si nadie hubiese estado allí, hubiera podido haber un incendio, sin poderse descubrir la causa. He ensayado mil veces lo mismo para producir igual efecto, sin que lo haya alcanzado nunca.» La causa física de la inflamación es bien conocida: la garrafa produjo el efecto de un cristal ardiente; pero por qué no se ha podido reiterar el experimento? Porque además de la garrafa y el agua, existía un concurso de circunstancias que operaban de un modo excepcional, la concentración de los rayos solares: quizás el estado de la atmósfera, los vapores, las cualidades del agua, la electricidad, etc., y probablemente todo eso, en ciertas proporciones requeridas al efecto; de aquí la dificultad de tropezar exactamente con las mismas condiciones, y lo inútil de las tentativas para producir un efecto análogo. Hé aquí, pues, un fenómeno del dominio exclusivo de la física, cuyo principio se explica perfectamente, y que, sin embargo no se puede reproducir a voluntad. Cabrá en la mente del más endurecido escéptico la negación del hecho? Seguramente que no. Por qué, pues, esos mismos escépticos niegan la realidad de los fenómenos espiritistas (hablamos de las manifestaciones en general), en razón de no poder manipularlos a su voluntad? No admitiendo que fuera de lo conocido pueda haber nuevos agentes regidos por leyes especiales, y negar esos agentes porque no obedecen a las leyes que conocemos, es en verdad dar pruebas de muy poca lógica y mostrar un espíritu muy limitado.

Volvamos a la imagen de M. Badet. Sin duda se harán, como nuestro colega con la garrafa, numerosos ensayos sin resultado alguno, hasta tanto que una feliz casualidad o el esfuerzo de un poderoso génio haya dado la clave del misterio; entonces probablemente se constituirá un arte con que se enriquecerá la industria. Nos parece oír desde aquí a muchas personas que se dirán: «pero hay un medio muy sencillo para obtener esa cla-

ve, pues se reduce a pedirla a los Espíritus.»

Este es el momento oportuno de combatir un error del que son víctimas aquellos que juzgan la ciencia espiritista sin conocerla. Por de pronto les recordaremos el principio fundamental, de que los Espíritus distan mucho de saberlo todo, como se creyó en otro tiempo.

La escala espiritista (1) nos da la medida de su capacidad y de su moralidad, y la experiencia confirma cada día nuestras observaciones sobre el particular. Los Espíritus, pues, no lo saben todo, y los hay que, en todos los conceptos, son muy inferiores a ciertos hombres, punto capital y que nunca debe perderse de vista. El Espíritu de M. Badet, autor involuntario del fenómeno que nos ocupa, revela por sus respuestas, cierta elevación, pero no una gran superioridad; él mismo se reconoce incapaz de dar una completa explicación: «Esto será, dice, la obra de otros Espíritus y del trabajo humano.» Estas últimas palabras encierran toda una enseñanza. En efecto, sería demasiado cómodo solo tener que interrogar a los Espíritus para obtener los más maravillosos descubrimientos; en dónde estaría entonces el mérito de los inventores, si una mano oculta les preparaba la tarea, ahorrándoles así el trabajo de la investigación? Sin duda que más de uno no tendría escrúpulo alguno de tomar un privilegio de invención en su nombre personal, sin mencionar el verdadero inventor. Añadamos que semejantes preguntas son hechas siempre con miras interesadas, y con la esperanza de alcanzar una fácil fortuna, cosas todas que son muy malas recomendaciones a la vista de los buenos Espíritus; por otra parte, estos no se prestan nunca a servir de instrumento para un tráfico.

El hombre debe tener su iniciativa, sin lo cual, se reduce al estado de máquina; debe perfeccionarse con el trabajo, puesto que ésta es una de las condiciones de su existencia terrestre; debe aguardar también que cada

(1) Véase el LIBRO DE LOS ESPÍRITUS, lib. II, cap. I.

cosa venga á su tiempo, y por los medios que á Dios place emplear: los Espíritus no pueden torcer las miras de la Providencia. Querer á toda costa forzar el órden establecido, es ponerse á merced de los Espíritus burlones y ligeros que adulan la ambicion, la codicia y la vanidad, para reirse despues de las decepciones que causan. Muy poco escrupulosos por naturaleza, contestan á todo lo que se les pregunta, dan todas las recetas que se les piden, y si es menester las apoyarán con fórmulas científicas, aunque no tengan mas valor que las de los mercaderes de antídotos. Desengáñense, pues, aquellos que han creido que los Espíritus iban á abrirles minas de oro; su mision es mas seria. «Trabajad, apresuraos con ánimo, este es el fondo que más falta,» ha dicho un célebre moralista; á esta sabia máxima, la doctrina espiritista añade: Son á esos á quienes los Espíritus serios prestan ayuda por las ideas que les sugieren, ó por consejos directos, y no á los perezosos que quieren gozar sin hacer nada, ni á los ambiciosos que quieren tener el mérito sin el trabajo. Ayúdate y el cielo te ayudará.

FOTOGRAFÍA DE LOS ESPÍRITUS.

El *Courrier du Bas-Rhin* del sábado 3 de enero de 1863 (parte alemana), contiene el siguiente artículo con el título de *Fotografía espectral*:

«Los Americanos que en tantas cosas nos toman la delantera, nos sobrepujan ciertamente en el arte de la fotografía y en la evocación de los Espíritus. En Boston no solamente son hoy llamados los difuntos por los médiums, sino que aún se les fotografía. Este maravilloso descubrimiento es debido á un M. William Mumler, de Boston.

«Hace algun tiempo, él mismo es quien lo refiere, que en mi laboratorio ensayaba un nuevo aparato fotográfico haciendo reproducir mi propia fotografía; de pronto sentí que se ejercia cierta presion sobre mi brazo derecho y una especie de cansancio general en todo mi cuerpo. Pero quién describiría mi admiracion cuando miré y vi reproducido mi retrato, encontrando á su derecha la imágen

de una segunda persona, la cual no era otra que mi difunta prima! La semejanza del retrato, al decir de las personas que conocian á esta señora, nada dejó que desechar.»

«Como consecuencia de este fenómeno, M. Mumler desde esa época, no se dedica solo á dar á sus clientes sesiones de espiritualismo, sino que tambien hace, para los asistentes, las fotografías de los difuntos evocados. Ordinariamente son un poco empañadas y oscuras, y las facciones bastante difíciles de reconocer, pero sin embargo, esto no impide que los habitantes de Boston las declaren verdaderas y auténticas.»

Semejante descubrimiento, si fuera real seguramente que tendría inmensas consecuencias, siendo uno de los hechos de manifestación mas notables; no obstante, encaramos que se acoja con prudente reserva; los Americanos que, segun el autor, nos sobrepujan en tantas cosas, nos han enseñado tambien que nos sobrepujan, y de mucho, en la invención de cuentos.

Para el que conoce las propiedades del perispíritu, á primera vista el fenómeno no parece materialmente imposible; surgen diariamente tantas cosas extraordinarias, que ya no debemos admirarnos de nada. Los Espíritus nos han anunciado manifestaciones de un nuevo órden; mas sorprendentes aún que las que hemos visto; indudablemente que aquella podría considerarse como una manifestación de esta clase; pero lo repetimos, hasta que no haya obtenido una comprobación mas auténtica que la relación de un periódico, es prudente la duda. Si el fenómeno es verdadero, se vulgarizará; entre tanto, es necesario prevenirse para no dar crédito á todos los relatos maravillosos que los mismos enemigos del Espiritismo se complacen en publicar para ridiculizarlo, así como á los que los aceptan con demasiada facilidad. Es conveniente, además, pesarlos mas de dos veces ántes de atribuir á los Espíritus, todos los fenómenos insólitos que se pueden explicar á primera vista, pues un atento examen demuestra á veces una causa completamente material, en la cual no se había pensado. Es

una recomendacion expresa que hacemos en el LIBRO DE LOS MÉDIUMS, y que nunca nos cansaremos de repetirla.

En apoyo de lo que acabamos de decir y á propósito de la fotografía espiritista, citaremos el siguiente artículo de la *Patrie* del 23 febrero de 1863. Es suficiente para poner en guardia contra los juicios precipitados.

«Un joven *lord*, que lleva uno de los nombres mas antiguos y mas ilustres de la alta cámara, y cuyo gusto apasionado por la fotografía, sirve de mucho para los grandes y felices resultados de este arte, que quizá mas bien es una ciencia que un arte, un joven *lord*, digo, acaba de perder á su hermana á quien amaba con entrañable ternura. Herido su corazon y envuelto en un profundo sentimiento, que muy á menudo produce el pesar, dejó sus aparatos fotográficos y abandonó la Inglaterra; hizo un largo viaje por el continente y no volvió á su residencia, casi real de Lancashire, sino despues de una ausencia de cerca cuatro años.

«Su desespero, como sucede ordinariamente, pasó del estado agudo al estado crónico, es decir, que sin haber menguado su intensidad había perdido su violencia, trasformándose poco á poco, en una triste resignacion.

«Cuando los que sufren van en busca de un consuelo, primero se dirigen á Dios, y luego al trabajo. El joven *lord* volvió pues á tomar poco á poco el camino de su laboratorio y á hacerse cargo de los instrumentos de fotografía.

«Por una especie de transaccion con su dolor, la primera imágen que pensó hacer dibujar por la luz, fué el interior de la capilla donde descansaban los restos mortales de su hermana. Obtenido el negativo, entró en su laboratorio, hizo sufrir á la placa de vidrio las preparaciones ordinarias y expuso el cliché á la luz para obtener una prueba. Al fijar los ojos sobre esta prueba, poco le faltó para no caer desmayado.

«El interior de la capilla se reprodujo con gran limpieza de dibujo, pero la cabeza de la joven *miss* difunta, apénas se distinguia en la parte menos clara de la fotografía. No

obstante estaban señaladas perfectamente sus facciones suaves y encantadoras, y aun los largos ropajes de sus vestidos; sin embargo, al través de esos encages se manifestaban claramente los menores detalles de la capilla.

«El primer movimiento del joven *lord* fué el de creer en una aparicion, pero pronto se sonrió tristemente sacudiendo la cabeza. En efecto, se acordó que algunos años ántes, en esta misma placa de vidrio, había hecho un retrato fotográfico de su hermana. No habiendo salido bien ese retrato, lo había borrado, y sin duda estaria mal borrado, puesto que sus vagos contornos se confundian hoy con la nueva imágen fijada en la placa.

«En Inglaterra algunos artistas explotan esa extravagante aplicacion de la fotografía, fabricando y vendiendo imágenes dobles cuyos caprichosos aparejamientos producen extraños y graciosos efectos. Entre otras se nos ha enseñado una que contiene un castillo derriuido debajo del cual se transparentan su parque, sus fachadas y sus torres, tales como existian ántes de su destrucción.

«Tambien se hacen retratos de ancianos, al través de los cuales se ve su figura tal como eran en la flor de su edad.»

ALLAN KARDEC.

DISERTACIONES ESPIRITISTAS.

Comunicacion colectiva.

BARCELONA 1 NOVIEMBRE 1867.

MÉDIUM, M. C.

El bien es fuente de toda dicha; pero el bien hecho desinteresadamente.—SILVIO PELÍLICO.

Con el bien se enlaza la utilidad que vienen á ser una misma cosa, cuando se toma la utilidad en su verdadero sentido.—BENTHAM.

La utilidad es el bien, entendiendo por aquella el aprovechamiento individual de los recursos humanos, sin exclusion de la humanidad.—BACON.

Haced, pues, el bien y realizareis la utilidad.—**BASTIAT.**

Hijos mios, esto debeis hacer, si quereis progresar. Comprended en lo dicho la ley de caridad.—**S. VICENTE DE PAUL.**

Pero la caridad no reside únicamente en las obras. Está tambien en las palabras. Hacer, pensar y hablar bien; hé aquí la caridad.—**FENELON.**

Si así lo haceis, sereis buenos y caritativos.—**ROUSSEAU.**

Lo demás es tratar de engañar á quien no puede ser engañado por nadie.—**LACORDAIRE.**

La virtud se relaciona con todo, con todo absolutamente. Sabedlo de hoy para siempre, y no lo olvideis nunca.—**PLATON.**

Por esta razon la medicina puede y debe ser un sacerdocio. Los que con verdadero amor del bien la practican, realizan la virtud; se asemejan al celestre Padre, y ponen en evidencia la ley de los semejantes. Hacen el bien; porque el Sumo Bien sólo de bien se alimenta. Decidlo al mundo, y hareis una obra de caridad.—**CRUXENT.**

Las leyes deben ser reflejo de la virtud. Sólo así pueden ser justas.—**JUSTINIANO.**

Y en la práctica de la jurisprudencia debe procurarse el bien; debe defenderse la justicia, nó al cliente.—**ULPIANO.**

Las artes se relacionan tambien con la virtud.—**LONGINO.**

La *música* ha de procurar despertar altos sentimientos de virtud. Una música que sólo hable al cuerpo, un wals, por ejemplo, es indigna del génio.—**BELLINI.**

Copiad la naturaleza que en sus armonías se dirige al alma.—**MEYERBER.**

La *pintura* ha de ser la expresion de la hermosura de las formas.—**RAFAEL.**

Si no se copia la forma idealizándola, se establece el materialismo del arte.—**VELAZQUEZ.**

Pero la idealizacion debe ser esencialmente espiritual. ¡Infelices una y mil veces esos seres que, con el nombre de pintores ó dibujantes, se complacen en reproducir la parte obcena del humano linage!—**MIGUEL ANGEL.**

Tendrán su merecido castigo algun dia. Huid de semejantes cuadros. Son el abuso de la pintura, la aberracion del arte.—**MURILLO.**

La *poesía* es la expresion del humano sentimiento por medio del habla rimada y compasada.—**HORACIO.**

El poeta debe ser puro de alma. Sin esta cualidad, sus versos son palabras vacías de sentido.—**QUINTANA.**

Yo canté la desesperacion y la duda. Hoy vivo desengañado del mundo; pero creyente en Dios y en su bondad infinita.—**ESPRONCEDA y BYRON.**

Yo canté la virtud, y mi lira resuena aún en los oídos de los hombres. Me aman porque prediqué el bien.—**RIOJA.**

Y sin embargo, el mundo le despreció durante su vida; Dios le hizo la merecida justicia. En verdad os digo, que esto logrará quien imite á Rioja.—**ESPÍRITU DE VERDAD.**

No mireis en la *escultura* la materia. Buscad en ella la idea que iluminaba al escultor.—**FIDIAS.**

La materia es barro; la idea es parte de Dios.—**BENVENUTO CELLINI.**

Todo esto debeis tener presente en el ejercicio de la buena ciencia; porque sólo así sacareis de ella el bien que entraña. No hay verdadera utilidad sino se relaciona con el bien; no existe ciencia sino se enlaza con la virtud, y el arte es poco ménos que nada, sino habla mas que á los sentidos, si de la virtud se aparta.—**SÓCRATES.**

Todo lo dicho equivale á esta palabra: Amor!—**S. VICENTE DE PAUL.**

Y amor es esto otro: sed buenos para con Dios y para con vuestros semejantes. Quien tenga oídos, que oiga.—**ESPÍRITU DE VERDAD.**

Observacion.—Como suponemos que ha de sorprender á muchos de nuestros lectores, el ver que con un solo médium se han comunicado en breve espacio tántos y tan superiores Espíritus; vamos á ofrecerles la explicacion que del fenómeno dieron ellos mismos. El Espíritu que se ha comunicado es uno solo; probablemente el Angel guardian del médium. De modo, que en esta comuni-

cacion hay una directa y varias indirectas. El Angel guardian estaba en relacion con el médium, y los otros Espíritus con el Angel guardian. Este servia de intérprete á los Espíritus superiores que se comunicaron, y el médium á su vez, lo era del Angel guardian. Dada esta explicacion racional, el fenómeno queda reducido á los estrechos límites de la mediumnidad ordinaria.

La nueva resurreccion.

BARCELONA 2 NOVIEMBRE 1869.

MEDIUM, I. P.

El Espiritismo, amigos mios, no es otra cosa que el Evangelio puesto de nuevo en el corazon de los pueblos, de dónde casi habian logrado arrancarlo sus monopolizadores. Es el Evangelio triunfante, el Evangelio que rompe las ligaduras con qué habian pretendido sujetarlo los falsos intérpretes, los indignos representantes del divino Maestro, quienes, como la guardia romana, quedan aterrados, despavoridos, exánimes, al ver surgir radiante del sepulcro, el cuerpo vivo é inmortal de aquel que, pocas horas ántes, vieron inerte, envuelto en paños mortuorios y oculto tras la pesada losa de un sepulcro.

El Espiritismo simboliza la resurreccion gloriosa del Maestro. ¡Inútil ha sido la losa, inútiles las ligaduras é inútil la guardia! El Espíritu vivificante surge á través de todo, lo derriba todo y, aunque deslumbra á unos pocos, ilumina al universo entero. Aunque el Espiritismo deslumbre y derribe á la débil guardia romana, iluminará y levantará al género humano.

ANGELITA, Espíritu familiar del médium.

El Espiritismo y algunos filósofos.

(*Grupo de Montevideo. M.... D. Justo Espada.*)

II.

Hume, al seguir las utopias de Locke, cayó en el lazo que el orgullo tiende á los hombres, y cayó de tal manera, que su boca profirió la proposicion siguiente. «La religion no se puede cimentar en los principios de la razon humana.» Cómo aparecia á los ojos ofuscados de Hume, trava tan sana y divina

equal es la religiosidad, el amor á la virtud y con ella á Dios Creador; bien claro lo demuestran sus palabras. Obra del hombre creyó el ciego filósofo que era lo que ordena el Eterno: obra del hombre lo creyó y de ahí nació el decir, que era desestimada por la razon humana, como contraria á ella. ¡¡¡Humana razon, cuánto disparate y falta echa sobre tí el hombre!!! La razon, la razon; y quién concedió á la razon humana otra seguridad en sus actos, que la inherente imperfección del sér, que la cobija? ¿Qué es, la razon humana? Por mas que se pretenda elevarla, no es otra cosa que el producto de un alma dominada en mayor ó menor grado por la materia y sus pasiones, y que estará más aproximada á la verdad, cuanto más y más elevado sea el Espíritu encarnado, puesto que la elevacion es la clave de sus acciones, por lo que, la razon humana está alta ó abatida, segun el estado moral y religioso del Espíritu encarnado.

Si está al alcance de todos que las pasiones dominan á la razon, ¿cómo Hume olvidó la verdad de que nunca la dominacion violenta produjo bienes ni demostró la verdad? Dios, al crear al hombre, le hizo libre y con ello enseñó, que todo lo opresor era contrario á Él, y por lo tanto, á la verdad única, que de Él emana. Hume, tu razon estaba dominada y la ambicion, el orgullo, te hizo desestimar la religion. ¿Y por qué? Porque te mostraba que la humildad es la primera, la más necesaria de las virtudes. Sobre tu razon y la de tus compañeros de falsa doctrina, la aspiracion de gloria terrena, echó una cadena opresora del Espíritu, la que no dejándole medios para mostrarse, hizo que la materia, guiada por el instinto, obrara como el bruto, no percibiendo en el horizonte de su loca fantasía otra cosa que vivir y gozar, gozar y vivir materialmente. Hume dijo que la razon humana, rechazaba la religion y visto cómo él y muchos, por su desgracia, lo hacen, tienen justo motivo, pues Cristo, opuso su palabra y doctrina á los actos de opresion, licencias, injusticia y maldad del hombre. La razon del tirano rechaza la doctrina del legislador justo. La razon del hombre licencioso niega el derecho á la virtud. La razon del hombre que lo es sólo por su figura, se rie cierto tiempo de la doctrina humanitaria, y viviendo cual la fiera, quiere disculparse, y que otros la sigan en su marcha destructora. Esta es la razon humana, cuando no la guian la moral y religiosidad. Dominado por la ma-

teria y sus gores, tu Espíritu, Hume, tu razon, no admitia otra cosa que los deseos de la carne, y no existiendo en ese estado en tí, cosa mayor que tus deseos, dijiste: «No existe Religion que yo pueda admitir, porque es preciso ser muy necio para dar valor á lo que presentára en toda su desnudez y fealdad á mis pasiones.»

¿Qué importa, dijiste para tí, que importa sea cierto el poder y virtud de la doctrina de Cristo, si con creerlo y decir que es verdadero, pongo un sello de reprobacion á todos mis actos y escritos? ¿Cuánto más cómodo y beneficioso me es negar que sea aceptable á la razon humana, pues encubro la fealdad de mis vicios? Con la misma religion que decías, Hume, que era rechazada por la razon humana, voy á darte un mentis, y á recordarte la bondad y grandeza de Dios, punto capital hacia que se dirigen todas las religiones.

La razon humana recibió la ley natural, y pasado algun tiempo, la rechazó, porque mostraba el camino del bien, contrario á las pasiones de la misma humanidad.

En este estado, Moisés dió la ley escrita, y como la anterior, cayó en desuso; vino á la tierra Cristo, y la razon humana, estuvo en contacto con el enviado de Dios, y el hombre oyó sus palabras y tocó, con los portentos que obró Jesús, los incalculables beneficios que su doctrina ofrecía. ¿Es verdad, Hume, ó Espíritu de Hume, que en resumen, la razon humana vió con toda claridad lo dicho? Cómo obró? ¿Qué hizo con Cristo el sacerdocio Mosáico? Comparar al Salvador con un malhechor: igualar al que venia á dar libertad al alma, con el que atropellaba al caminante, despojándole de los bienes y la vida: cometer con el justo una injusticia; llevar á cabo el crimen mayor de cuantos, hasta entonces, cometió el hombre. La razon humana llevó á Cristo, al suplicio, y obró como siempre que sus flaquezas son anatematizadas por la virtud de la criatura.

Desmenuzemos, Hume, el porqué la razon humana, rechazó en tí, la Religion, aunque toda ella se ciña á la máxima verdadera de «Todo para el alma.»

El amor á Dios, ¿es por ventura contrario á la razon humana? Sí, lo es á la del hombre ambicioso, pues le dice que amo y respete á un Sér, que si bien lo colma á toda hora de beneficios, no se encuentra tan á su contacto y placer, como el aura popular, el oro y las vanidades terrestres, un dia tan dolorosas. El amor al prójimo, ¿es contrario á la hu-

mana razon? Sí lo es, en sumo grado para el que crée que su capacidad ó talento le permite, que los que vé detrás de sí, sean esclavos de su capricho. Hé ahí por qué la razon humana rechaza la religion. No es porque le falta bondad; no es porque deje de producir alivio al enfermo, consuelo al aflijido, esperanza al desgraciado; es, porque su bondad, mata la ambición y las torpezas.

Hume, tú, como todos los falsos filósofos de tu siglo y otros, dejaste correr la pluma, empapada en ponzoñosa ingratitud, olvidando que todo lo que se aparte de la gratitud, la moral religiosa y la virtud, es nocivo al escritor. Tu obsesión pretendió hacer del hombre un bruto sin ver, en tu ciegos frenesí, que cuando entre todos los hombres existe esa traba moral, es porque el alma desde los principios, trajo, trae y aún traerá la intuición de la existencia de un Dios grande, infinito, y tan misericordioso, cuanto que á todos los hombres salva, y por esto aun los salvajes le rinden culto y le dan gracias, á su manera tan material por falta de saber y adelanto espiritual.

A tu Espíritu, Hume, hablé, y el Señor permita que los seres que te rodean, lleguen pronto á poner en tu mano la tabla salvadora del ruego y la humildad. Permitalo el Señor, y entretanto ruega, Justo, y siempre pide por las almas de los que pecaron en la tierra.

MAXOT.

De *La Correspondencia de España* tomamos la siguiente noticia:

«Hoy, segun estaba anunciado, se ha inaugurado el círculo magnetológico-espiritista, establecido en esta capital, calle del Clavel, núm. 4, principal. La concurrencia ha sido tan numerosa como escogida, empezando la sesión á las dos de la tarde.

Uno de los secretarios leyó una sucinta Memoria esplicando el objeto de la sociedad, y manifestó al propio tiempo que este círculo había fundado una revista quincenal, que empezará á publicarse el dia 15 del actual, con el título del *Alma*.

Esta publicación tiene por objeto dar cuenta de los adelantos del espiritismo y propagar sus doctrinas y fundamentos entre todas las clases. La reunión terminó á las tres y media, habiéndose anunciado que el martes próximo á las ocho de la noche empezaba la asociación sus trabajos públicos en el mismo local.»

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOMENECH,
BASEA, 30.—BARCELONA.